

*Carlos Guillermo Navarro*

# Crónicas narradas



CARLOS GUILLERMO NAVARRO

# **Crónicas narradas**

Prólogo  
GERÁSIMO ARJONA

Ilustraciones  
IBIRICO

*A la memoria de Antonio Garrido con mi  
agradecimiento por sus valiosas críticas.*

## ÍNDICE

PRÓLOGO .....	9
EL TORRENTE QUE NOS LLEVA .....	25
HOMBRE DE AGUA .....	39
LA CAÍDA.....	49
FUERON TIEMPOS DE BOHEMIA.....	56
EL VIENTO SIEMPRE SOPLA DEL OESTE .....	63
ESTA CARNE ESTÁ MADURA O LAS BUENAS CRÍAS .....	85
LA AGONÍA .....	98
LOS ELEGIDOS .....	120
EN UN PAÍS LEJANO .....	137
LA CARRETA .....	148
EL FUEGO INEXTINGUIBLE .....	167
TÍO MENEIO.....	181
LA PRISIÓN Y LA GLORIA .....	207

LA SANTA INOCENCIA	243
LA VELADA DEL MUERTO	259
PANTALLA EN BLANCO	274

# Prólogo

Nació en la sevillana villa de Utrera, donde los potajes se degustan con flamenco "jondo", y a compás también, pero lleva décadas enraizado en la azulada capital malacitana, donde ha desarrollado su vida laboral y literaria. En Málaga fue responsable, en la primera década de este milenio, de la vocalía cinematográfica del Ateneo; cuyos actos atraían a un público unas veces más numeroso; otras, menos, salvo el día de sus comentadas y analizadas y abarrotadas proyecciones de clásicos del cine: no se cabía ni en pasillos ni en su empinada escalera. Y es que Carlos Guillermo Navarro mira, ve y escribe con mente fumadora. En todas sus obras, la construcción de la narrativa está montada con una sucesión de planos que contempla toda la gama de tomas, los denominados en narratología puntos de vista: desde el plano panorámico en *El toque de rebato* al plano de conjunto en *Por la ruta de los mares* o a los primeros planos en *Apuntes de una crónica negra* o a los planos generales, medios y de detalle en estas Crónicas narradas, formada por los dieciséis relatos que tienen en sus manos.

Su acérrima cinefilia impregna toda su obra de tal manera que su discurso narrativo funde, inseparablemente, quién habla y quién ve en la focalización de los personajes, es decir, el narrador, situado tras el personaje, la "visión por detrás" que diría el francés Jean Bouillon y que devendrá en el narrador total u omnisciente propio de la focalización interna.

Usa Carlos Guillermo la focalización, unas veces, de manera fija, porque el discurso narrativo

se configura desde un solo personaje como en *Hombre de agua* (1969), la segunda de las crónicas iniciadas en octubre de 1968 con *El Torrente que nos lleva*. En *Los elegidos* (1970) el autor inicia el relato abruptamente, *in media res* que diría el clásico, en mitad de la historia, rompiendo la cronología habitual: "el teniente dijo al soldado, cuando acabe la guerra te invitaré a un trago de vino", poco después presenciaremos el fatídico asalto a la colina; tendremos que esperar, así, al final del relato para saber quién es el protagonista y a qué colina se está refiriendo el autor. Difícilmente se puede crear, y menos mantener, un tono de suspense con el frecuentado orden de planteamiento, nudo y desenlace.

En otros relatos, la focalización es múltiple tal cual es en el relato titulado *El fuego inextinguible* (1972), aquí el cuadro descrito de fuego, sudor y muerte se construye con trazos cubistas en unos casos, expresionistas en otros, que hacen padecer al lector la asfixia sofocante y el espacio del catastrófico incendio.

Hay veces en que la focalización es variable, cuando la fábula discurre ante el lector a través de la mirada de distintos personajes como el caso del preadolescente Pascualito y el más que maduro Manolo en *Tío Meneo* (1979).

Penetra así Carlos Guillermo, con su cámara narrativa, en la mente, en las percepciones, en los sentimientos de los personajes como diciendo el último responsable de todo esto soy yo. Y el yo del autor-narrador, transmutado en tercera persona verbal se sitúa por encima de sus criaturas literarias, entroncando de este modo narrativo con una de las características primordiales de la novela clásica, la gran novela del XIX (Balzac, Stendhal, Clarín, Galdós, Tolstoi...). Habrá, no obstante, quien pueda decir

que es más propia del modo cinematográfico la llamada "visión desde fuera", la focalización externa como se lee en el *Diccionario de teoría de la narrativa* del profesor almeriense J.R. Valles Calatrava: "*.. se trata, en origen, de una técnica muy vinculada al modo cinematográfico, asumiendo la literatura del cine esa capacidad de representación pura, objetivista, donde se niega la introspección y la evaluación próxima también al relato periodístico de noticias*".

No hay contradicción, pues al marco, al espacio, al escenario, al tiempo donde se mueven las criaturas literarias, se aplica esta focalización inicialmente y se mantiene como soporte estructural narrativo, así es en el caso de *La velada del muerto* (1980), donde contemplamos, **visualizamos** con ecos valleinclanescos una escena costumbrista protagonizada por un despreciable nuevo rico, de origen arrabalero, un amoral dilapidador de lo ajeno, a Cristóbal Ubrique, que "*no murió con dolores prolongados ni esperanzas inútiles, sino que su fallecimiento se debió a un descuido de ciego por no percatarse del camión que lo atropello justo a la salida de la casa donde ahora estaba de cuerpo presente*".

El narrador omnisciente juega, si es creador, a ser simple observador, narrador testigo de mundos narrativos en los que poco después buceará a fondo, hasta confundirse con el alma de sus criaturas colocando su posición por encima de la mente de sus personajes; aunará entonces las dos focalizaciones en la designada por el narratólogo Gérard Genette como focalización cero: el personaje-narrador no focaliza ni percibe sino que sabe lo que experimentan los actores del relato.

En el año 2002 Carlos Guillermo llega nuevamente a puerto con su segunda novela, *Por las rutas de los mares*, otra crónica de una radical degradación de un ser humano estructurada en tres



actos cronológicos: juventud, madurez y senectud, crónica *"tan sincera como desgarradora, tan actual como un telediario, a cuyo protagonista, su familia trazó tan imponente futuro que acabó viviendo entre basura, acumulándola como tesoro y aferrándose a ella "*.

Las anteriores palabras del periodista y también novelista malagueño Juan Gaitán vienen a confirmar una constante en la producción novelística del autor utrerano, iniciada editorialmente con *El Toque de rebato* (1998), donde ya aparecen elementos del género negro, pues difícil sería no manejarlos si se pretende diseccionar la sociedad de mediados del siglo XX, construyendo un fresco, un retablo sociológico y documental, que retrata toda la miseria colectiva, económica y moral de la España de aquellos años.

Antes de los años 50, como anticipo de la explosión experimental de las nuevas técnicas narrativas, que se producirá en esa década y que durará hasta los años 70, el género de la novela negra expresará las enormes posibilidades de la perspectiva externa, recordemos, al respecto, a Dashiell Hammett que la utilizó magistralmente en *El balcón maltés* (1930), a cuyo título se unen imantados los nombres de John Houston y Humphrey Bogart en la inolvidable película de 1941.

En el aludido género narrativo es donde Carlos Guillermo Navarro escribió su novela *Apuntes de una crónica negra* (2006), a la que, el profesor malacitano Antonio Garrido Moraga, que en paz descansa, se refirió como crónica del poder y del fracaso, y añadía: *"... está de moda que las novelas negras sean un repertorio de casquería...no espere el lector nada de esto, estamos ante literatura... que se mueve en terrenos simbolistas... donde la aparición del cadáver de una joven atractiva que ha sido torturada de manera salvaje es*

*el punto de partida... estamos en un universo expresionista, de tonos fuertes y ásperos".*

En 2013 aparece su cuarta novela *El paraíso de las flores marchitas* donde Carlos Guillermo integra otro registro lingüístico, el del lenguaje judicial, y donde la trama se sitúa en el tema de la violencia de género que no sigue los moldes cuantitativamente convencionales.

Carlos Guillermo Navarro parece despedirse del lector con su última publicación, que se adentra en el género melodramático, *El valle de los riscos* (2017), simada en los años posteriores a la Guerra Civil. Sus protagonistas, Amparito y Javier evolucionan, en un paisaje cargado de poesía, impregnado de intenso romanticismo y rezumando nostalgia, para recrear un fresco social donde vuelven los planos panorámicos y generales que ya anunciaba el de Utrera en su novela revelación *El toque de rebato*.

Se pueden atisbar ya, en estas fechas, las constantes estilísticas y temáticas del autor, cuyo análisis desbordaría el espacio que debe ocupar un prólogo de estas características, así como son de reseñar dos constantes éticas en la producción literaria de Carlos Guillermo Navarro: la del compromiso con la sociedad que le tocó vivir y la de "aquellos que llegan al inevitable fin después de abandonarse" como dice el autor en la dedicatoria de su libro.

Conocimos *Crónicas narradas*, por vez primera, allá por junio de 1977, eran entonces diez relatos escritos entre octubre de 1968 y mayo de 1972; a ellos se sumaron tres nuevos en 2006: *Tío Meneo*, *la Santa Inocencia* y *La velada del muerto*, que acabarán conformando la obra con *La prisión j la gloria*, *Los elegidos* y *Pantalla en blanco*; en ellas el escritor nos muestra su nacimiento, desarrollo y culminación como autor de relatos breves, novela

corta, incluso cuento, que ha ido cultivando paralelamente a su gran producción novelística, de la que hemos dado sucinta referencia. Cierra el cinéfilo sus *Crónicas narradas con Pantalla en blanco*, un rotundo homenaje al género cinematográfico, en ella, Mateíto Manzano, niño enfermo de tisis, tras lograr su ilusión de conocer al "mago proyectista", expira mientras se suceden en su mente escenas cinematográficas que se cierran "con el avión que entre nieblas se perdía en las alturas de Casablanca", pues la más profunda de las hipnosis ha dejado la pantalla del púber tuberculoso en blanco.

Acabamos ya este discurso prologuístico para dejar tranquilo a un joven Carlos Guillermo Navarro deambulando allá por los años sesenta, acabada su licenciatura en Derecho por la universidad de Sevilla y recién llegado a Málaga atraído por el azul de sus amores y empezando a degustar los frutos del mar de la bahía, al tiempo que va conformando su grupo teatral *Cascao* y preparando los primeros estrenos: *El juglar y el silencio*, y *Erase una vez...*

Gerásimo Arjona  
Bautista

ESTE LIBRO VA DEDICADO PARA  
BIEN O PARA MAL

A los que me rodean.

A los que están distantes.

A los que de una u otra forma hicieron posible la  
creación de estos relatos.

A la realidad que los inspiró.

A la estrella blanca que cuando éramos niños nos  
hizo ver todo hermoso.

A los que gritaron antes de integrarse.

A los que aún siguen luchando.

A los que comieron las manzanas prohibidas.

A las rebeldías.

A las cosas pequeñas que destruyen lo que  
muchos consideran intocable.

A las buenas apariencias que pasado el tiempo  
tienen que languidecer.

A los que llegan al inevitable fin después  
de abandonarse.

A los que están solos en un mundo de  
comunicación.

A las instituciones eternas que no son inalterables  
en este universo cambiante.

A los que sufren diferencias establecidas  
por nacimiento y condición de vida.

A las situaciones que parecen nimias, pero que  
valoran todas nuestras formas de actuar.

A los que creen que deben ser más porque se ven  
reflejos de quienes dominan.

A los odios concentrados difíciles de desarraigar.

A los que se equivocan al pensar que  
pueden ser neutrales.

A la falta de cordura que las guerras promueven.

A las muertes inútiles que provocan.

A la agradecida balanza que mide la grandeza de lo  
nuestro y la pobreza de lo ajeno.

A lo que sentimos tan propio que  
nos hace olvidar otras verdades.

A los que pretenden incorporarse a una sociedad que  
primero habría que cambiar.

A las desilusiones y frustraciones.

A los que padecen los bien enseñados  
sentimientos de culpabilidad.

A la ficción que se fabrica y a la realidad  
que nos rodea.

A un fuego purificador que no destruya,  
sino que nos haga ver todo claro.

A los que ven en sus sufrimientos la capacidad de  
arrastrar al abismo a los que se los causan.

A los enfrentamientos fratricidas.

A los que miden su fortaleza por encima  
de los más débiles.

A los que les persiguen los rencores  
hasta después de la muerte.

A un mundo infantil que fabrica fantasías.

A los que se elevan en sueños para  
alcanzar metas celestiales.

A los que se entregan a una sensibilidad noble. A

mis estrechos vínculos de parentescos.

A mis amigos de la infancia. A

mis amigos de siempre.

A mis padres. A mis

hermanos. A mis hijas.

A mi nieta. A un feto.

A la nada.

Y dejo tan sólo fuera a aquellos que, utilizando cuantos  
medios tienen a su alcance, reducen a sus semejantes a  
una condición miserable.

# Crónicas narradas

## EL TORRENTE QUE NOS LLEVA

### I

Antes de callar, diré:

El equipo de las afueras nos goleó por tres a cero. El cura, acompañado de los chicos, recorrió el campo para celebrar la victoria, y no sé por qué estos acontecimientos se toman de este modo. Era partido amistoso, no campeonato.

La primera vez que jugué sentí el mismo deseo de triunfar, pero por razones distintas. Comenzaba a dar mis primeros patadones, y, salíamos ganando, o me hubieran quitado del equipo colocando a otro, de esta forma ocupé el lugar de Antonio. Desde aquel día me odia, y, quejica, pregona la impotencia de jugar cuanto lleva dentro al desplazarle a otra zona, aunque ¿qué puedo hacer si juego mejor? Al menos, eso opinan. La certeza de colar más goles.

Mi padre me deshizo con su desdichada idea. Soy fanático consentido, consciente de mis facultades, y corro y brinco y salto y fui el mejor. Si llegase en la vida a significar algo, dudo lograrlo en arquitectura. ¿Por qué ser arquitecto? Pues bien, también confieso mi repulsa al fútbol. El empacho proviene de la imposición colectiva en el colegio de hacer por la fuerza. Pregunto, ¿por qué haré esa arquitectura aborrecida? Y os digo, mi padre tiene la culpa porque es tolerante, y si tenéis en cuenta la imposibilidad de discernir por mí mismo, comprenderéis. Tengo catorce años.

La escuela es un calvario. ¿Quién volverá a pisar los pasillos? ¿Por qué las cosas suceden así? ¿Por qué



formo parte de un pensamiento mayor? El desánimo me invade cuando observo a Luis, compañero tímido y reservado, desconociendo el mundo a los quince años, ni siquiera sabe servirse de una mujer. Ingenuidad inexperta, de estudiante aplicado; dicen, aparenta buen chico; pienso, parecerse a Luis da pena, y me desvelo las noches en que acostado, sueño, a escala superior, si seré igual de ignorante. Quedan cuatro años de encierro entre cuatro paredes. Quizás para Luis pasaron pronto, los míos fueron largos, demasiados.

Y era necesario, según papá, para convertirme en un hombre de provecho. ¿Cómo nos hacemos?, pregunto, ¿si las cuestiones de la vida no se nos cuentan? La clausura sería llevadera con sólo mostrarnos el mundo sacado de reja. Por ello, no creo. Por ello, Luis es así. ¡Lástima de amigo!

Según me manifestó papá, pegar es signo de distinción. El, claro, justifica al colegio. Habla por animarme sin creer en su interior. Yo no dudo sobre mi postura de dejarme abofetear. No consentiría la bofetada sonada, puesta en la cara de Antonio por el cura asistente. Incomprensible por qué dejó que le golpeará de tal forma. Precisamente por ello no promuevo motivo. Callo. Acepto sus condiciones. Y en último término, aunque fuese de distinta manera, tampoco lo permitiría. Era mi opinión particular.